

ja... ya no la conocería... ¡Ah! la de antes... la del
buque encallado, la del buque náufrago... ¡qué cria-
tura tan divina!... Me dice que ya tiene los cabellos
blancos... ¡Dios mío!... ¡Esto me causa profunda
pena! ¡Ah! ¡aquellos cabellos rubios!... No, la mía
no existe ya... Pero ¡qué triste es todo esto!

ROSALÍA PRUDENTE

Rosalía Prudente

A decir verdad, había en aquel asunto un misterio que ni los jurados, ni el presidente, ni el mismo fiscal podían comprender.

La joven Rosalía Prudente, sirviente en casa de los esposos Varambot, de Mantes, habiendo quedado embarazada sin que sus amos lo supiesen, dió á luz por la noche en su buhardilla, y mató y enterró después á su hijo en el jardín.

Era la historia vulgar de todos los infanticidios realizados por las criadas. Pero una circunstancia resultaba en este hecho inexplicable. Las pesquisas efectuadas en el cuarto de la joven Rosalía habían dado por resultado el descubrimiento de una canastilla completa de recién nacido, hecha por Rosalía misma, la cual había perdido parte de la noche durante tres meses, para cortar y coser las distintas prendas. El tendero en cuya casa había comprado las bujías para alumbrarse durante este largo traba-

jo, se había presentado á declarar como testigo. Además, estaba confirmado que la partera del país, conocedora del estado de Rosalía gracias á sus propias declaraciones, la había dado todos los consejos prácticos para el caso de que el accidente ocurriese en un momento en que fuese imposible la asistencia. Por otra parte, la partera había buscado una plaza en Poissy para la joven Rosalía, que preveía ya que la despidiesen; pues los esposos Varambot no transigían en cuestiones de moral.

Ambos, marido y mujer, pequeños propietarios de provincias, estaban asistiendo al juicio oral, desesperados por este percance que había mancillado su casa; hubieran querido ver que guillotinaban á aquella joven en seguida, sin juzgarla siquiera, y la agobiaban con odiosas declaraciones que tenían en sus labios el carácter de verdaderas acusaciones.

La culpable, hermosa muchacha de la Normandía, baja y bastante instruida, dada su humilde condición, lloraba sin cesar y no respondía nada.

Se veía uno inducido á creer que la joven había realizado aquel acto bárbaro en un momento de desesperación y de locura, puesto que todo indicaba que había tenido intención de conservar y educar á su hijo.

El presidente intentó una vez más hacerla hablar para arrancarla la confesión del hecho, y habiéndola instado á ello cariñosamente, le hizo al fin comprender que todos aquellos hombres, reunidos para juzgarla, no deseaban su muerte, sino que, por el contrario, hasta podían llegar á compadecerla.

Entonces la joven se decidió.

—Vamos á ver, dígame usted, ante todo, quién es el padre del niño—le preguntaba el presidente.

Hasta entonces, Rosalía lo había callado obstinadamente; pero de pronto, dirigiendo una mirada á sus amos, que acababan de calumniarla cruelmente, respondió:

—Es don José, el sobrino del señor Varambot.

Al oír esto los dos esposos, sintieron la más desagradable sorpresa y exclamaron á la vez:

—¡Es falso! ¡miente! ¡eso es una infamia!

El presidente les hizo callar y repuso:

—Continúe usted y díganos cómo ocurrió el hecho.

Entonces la joven empezó á hablar copiosamente, aliviando su oprimido corazón, herido y solitario, vaciando su pena y sus pesares, ante aquellos hombres severos á quienes había tomado hasta entonces por enemigos, por jueces inflexibles.

—Si, ha sido don José Varambot, cuando vino con licencia el año pasado.

—¿A qué se dedica don José Varambot?

—Es segundo teniente de artillería, señor. Permaneció dos meses en la casa, los dos meses de verano. Yo no pensaba en nada, cuando él empezó á mirarme, á hacerme zalamerías y á requebrarme todo el santo día. Yo, señor, me rendí á él. El me repetía que era muy guapa, muy simpática, que le gustaba mucho... Y á mí esto me agradaba, ¿por qué negarlo?... ¿Qué quiere usted? Cuando se está sola... completamente sola... como yo, se oyen con gusto estas cosas. Yo soy sola en el mundo, señor... ¡No tengo á

nadie á quien hablar, á quien contar mis penas! No tengo padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas, ¡no tengo á nadie! Y cuando él empezó á hablarme, me pareció un hermano que hubiera resucitado. Una noche me rogó que fuese á orillas del río para hablar allí sin que nos oyesen... Y yo fui... Después... me cogió por la cintura... Yo no quería, no... Pero no pude... Hacía un tiempo agradable, había una luna hermosa y yo sentía ganas de llorar... Pero no pude, no, lo juro... no pude... y él hizo de mí lo que quiso... Aquello duró tres semanas, todo el tiempo que él estuvo en casa. Después se marchó... yo le hubiera seguido hasta el fin del mundo... No sospechaba siquiera mi embarazo, y no lo noté hasta un mes después...

Esto diciendo, la joven rompió á llorar de tal modo, que hubo que darle tiempo para que se tranquilizase.

—Vamos, continúe usted—repuso á poco el presidente con tono de padre confesor.

La joven continuó su relato del siguiente modo:

—Cuando ví que estaba embarazada, fui á consultar á la señora Boudin, la comadrona, que ahí está presente para decirlo, y la pedí consejos para el caso de que la cosa llegase sin estar ella. Después, fui preparando mi canastilla poco á poco, trabajando todas las noches hasta la una, y luego busqué otra casa, porque tenía la seguridad de que sería despedida; pero quería permanecer el mayor tiempo posible para ahorrar algún dinero, toda vez

que tenía poco y había de hacerme falta para la criatura...

—¿De modo que no quería usted matarla?

—¡Oh! no, señor, de ningún modo.

—Pues ¿por qué la mató?

—Ya verá usted. La cosa vino antes de lo que yo creía y me cogió en la cocina cuando acababa de fregar. Los señores Varambot dormían ya. Entonces subí con gran trabajo, cogiéndome á la barandilla de la escalera y me eché en el suelo, sobre los ladrillos para no manchar la cama. Aquello duraría una hora ó dos; no sé ¡tantos dolores sentía! Yo lo empujé con todas mis fuerzas, sentí que salía y lo recogí. ¡Oh! qué contenta me puse. Había hecho todo lo que me había dicho la señora Boudin, todo. En seguida lo puse en mi cama; pero de pronto sentí un vivo dolor, un dolor mortal. Si ustedes supiesen lo que es esto créanme que no harían otro tanto. Caí primero de rodillas, después de espaldas, sintiendo que se repetían mis dolores, dolores que soporté sola por espacio de una hora ó dos, y luego salió otra, sí, otra criatura, dos, como lo digo. La cogí como la primera y la puse sobre la cama al lado de la otra... ¡Dos hijos! digan ustedes, ¿era esto posible? ¡con dos hijos yo que sólo gano veinte francos al mes! Digan ustedes, ¿era esto posible? Uno sí podía sostenerlo, privándome de todo... pero dos, no. Aquello me trastornó la cabeza. ¡Qué sé yo lo que pasó en mí! ¿Qué haría? Me consideré perdida. No sé lo que hice. Cogí la almohada, pensando en que no podía conservar á las dos criaturas, la puse encima y me

acosté sobre ella. Después seguí dando vueltas en la cama y llorando hasta que vi penetrar la claridad del día por la ventana. Dicho se está que las dos habían muerto ahogadas bajo la almohada. Entonces las cogí bajo el brazo, bajé la escalera, salí al huerto, tomé el azadón del jardinero y las enterré lo más hondo que pude, cada una en un sitio, separadas, para que no hablasen de su madre si es que los muertos hablan.. En seguida me fuí á la cama y me sentí tan mal que no pude levantarme. Cuando vino el médico, lo adivinó todo. Esta es la verdad, señor juez. Ahora hagan ustedes de mí lo que quieran, que á todo estoy dispuesta.

La mitad de los jurados se sonaban la nariz á cada momento para no llorar y las mujeres sollozaban entre el público que asistía al juicio.

El presidente la preguntó:

—¿En qué sitio enterró usted al otro?

—¿Cuál es el que ustedes tienen? —preguntó la joven.

—El que... estaba... junto al alcachofal.

—¡Ah! sí. El otro está en el fresal, junto al pozo— exclamó llorando con tanta pena que partía el corazón.

La joven Rosalía Prudente fué absuelta.

ACERCA DE LOS GATOS

UNIVERSIDAD DE GUATEMALA
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFREDO SUAREZ"
Año. 1950 MONTEAERRE, GUATEMALA

Señorita Perla—9